

Valery, Paul; *Discours aux chirurgiens*; Ed. La Pleiade; Vol.I; p. 910 -11; Incluido en *Varietés*.

Pero ¿qué no hace la mano? Cuando tuve que pensar en la cirugía, para esta ocasión, me entretuve bastante en pensar sobre este órgano extraordinario, en el cual reside casi todo el podería de la humanidad, y por el cual ésta se opone tan curiosamente a la naturaleza de la que, sin embargo, procede. Las manos son necesarias para contrariar aquí y allá el curso de las cosas, para modificar los cuerpos, obligándolos a conformarse para nuestros designios más arbitrarios. Las manos son necesarias no sólo para realizar sino para concebir la más sencilla de las invenciones bajo forma intuitiva. Pensad que quizás no haya, en toda la serie animal, otro ser más que el hombre con la capacidad mecánica de hacer un nudo de hilos; observad, por otra parte, que este acto banal, por más banal y fácil que sea, presenta tales dificultades a su análisis intelectual que los recursos de la geometría más refinada no alcanzan a resolver sino imperfectamente los problemas que sugiere.

También se necesitan manos para instituir un lenguaje, para mostrar con el dedo el objeto cuyo nombre se emite, para mimar el acto que será verbo, para puntuar y enriquecer el discurso. Pero iré más lejos. Hasta afirmar que debe existir una relación recíproca de las más importantes entre el pensamiento y esta maravillosa asociación de propiedades siempre presentes que nuestra mano nos anexa. El esclavo enriquece a su amo y no se limita a obedecerlo. Para demostrar esta reciprocidad de servicios basta considerar que nuestro vocabulario más abstracto está poblado de términos indispensables para la inteligencia pero que no pueden haberle sido provistos más que por las funciones más simples de la mano: tomar, coger, captar, ubicar, sostener, plantear (*poser*) y, de aquí, síntesis, tesis, hipótesis, suposición, supuesto, comprensión... Adición se remite a dar, como multiplicación y complejidad a plegar. Y no es todo. Esta mano es filósofa. Más aún, es un filósofo escéptico incluso antes de Sto. Tomás el incrédulo. Lo *real* es lo que ella toca. Lo real no tiene ni puede tener otra definición. Ninguna otra sensación engendra en nosotros la singular seguridad que comunica a la inteligencia la resistencia de un sólido. El puño que golpea la mesa parece querer imponer silencio a la metafísica, así como impone al espíritu la idea de la voluntad de poder.

Me ha asombrado a veces que no exista un "Tratado de la mano", un estudio en profundidad de las virtualidades innumerables de esta máquina prodigiosa que reúne la más sutil sensibilidad con la fuerza más desencadenada. Pero sería un estudio sin fin. La mano agrega a nuestros instintos, procura a nuestras necesidades, ofrece a nuestras ideas una colección de instrumentos y de medios innumbrables. ¿Cómo encontrar una fórmula para este aparato que a la vez golpea y bendice, recibe y da, alimenta, presta juramento, marca la medida, lee para el ciego, habla para el mudo, se tiende al amigo, se yergue contra el adversario y que se hace martillo, tenaza, alfabeto? ¿Qué se yo? Este desorden casi lírico basta. Sucesivamente instrumental, simbólica, oratoria, calculadora, agente universal ¿no podría calificársela de *órgano de lo posible* así como es, por otra parte, *órgano de la certeza positiva*?